

2004: año de los treinta años de la revista

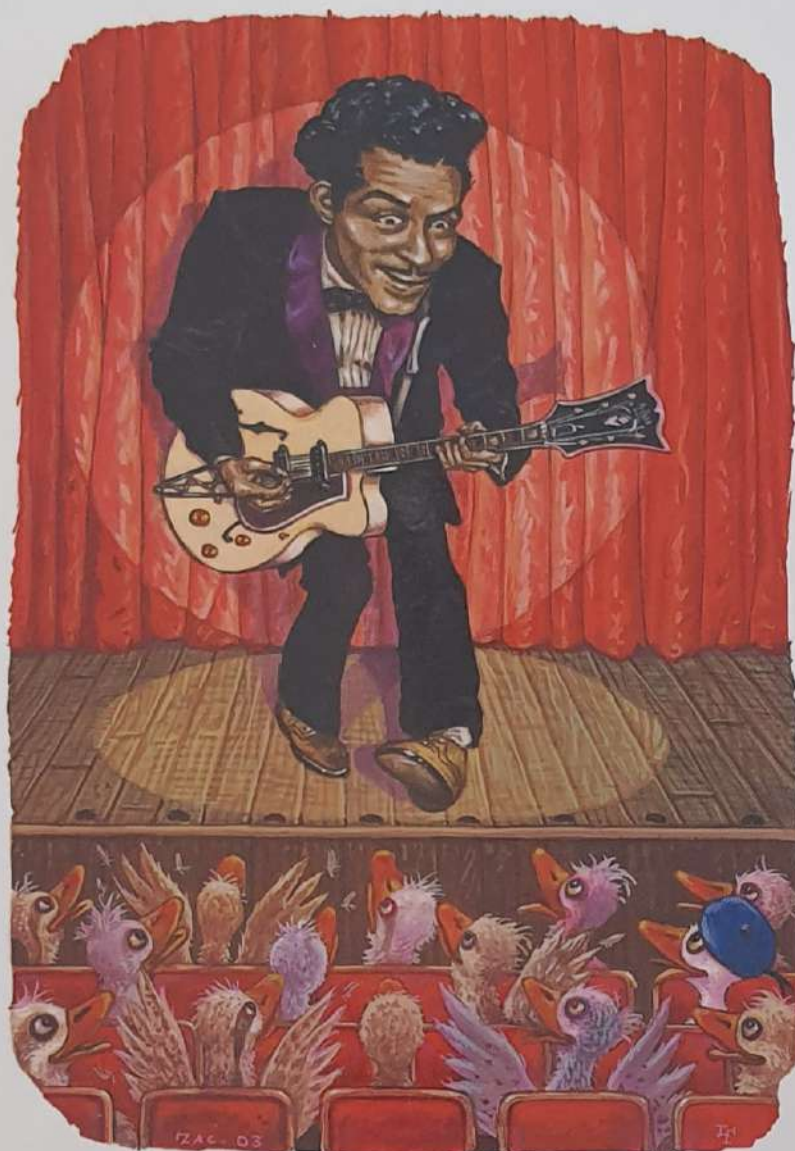
DOSFILOS

JOSÉ LUIS DURÁN KING

Pierrepont, Solino, Metenier, Browning, etcétera

RICHARD BRAUTIGAN

De una acuosa subasta acaecida en 1947



De Tel Aviv a Buenos Aires

JONATHAN FINE

ROBERT CHRISTGAU

«With no particular place to go»: Chuck Berry

marzo
abril
2004
veinticinco
PESOS

alain derbez
DON EVODIO ESCALANTE VARGAS

c o o r d i n a d o r :
JOSÉ DE JESÚS SAMPEDRO
c o n s e j o :
Armando Adame, David Adolfo Aguilar, Gaspar Aguilera, José Agustín, Francisco José Amparán, José Vicente Anaya, Javier Báez,
María Guadalupe Barbosa Cisneros, Ignacio Betancourt, Marcela Campos, Ángel Cosmos, Carlos Chimal, Alain Derbez, Evodio Escalante,
José María Espinasa, Sergio Espinosa Proa, Rodrigo Farias Bárcenas, Alejandro García, Francisco García González, Juan Horacio Garibay,
David Huerta, Jorge Juanes, Jesús de León, Gonzalo Lizardo, J.C. Mireles Charles, Sergio Monsalvo, Mariano Morales, David Ojeda,
Pablo Quezada, Jesús Reyes Cordero, Víctor Hugo Rodríguez Bécquer, Víctor Roura, Juan Gerardo Sampedro, Ilán Semo,
Ignacio Trejo Fuentes, Arturo Trejo Villafuerte, Rogelio Villarreal, Juan Villoro, Nalef Yehya
r e d a c c i ó n :
MARÍA ÍSELA SANCHEZ VALADEZ
e d i c i ó n :
HÉCTOR ÁVILA OVALLE

Índice

LO UNO $\equiv$ N LO OTRO
LO OTRO $\equiv$ N LO UNO

SAINT-POL-ROUX: UN POEME UN POEMA	4	29	ALAIN DERBEZ: DON EVODIO ESCALANTE VARGAS
MARCO ANTONIO TORRES INGUANZO: EL MITO Y LA VERDAD: EL REALISMO SIMBÓLICO COMO FILOSOFÍA PRIMERA	5	32	MARCOS GARCÍA CABALLERO: LA LITERATURA PADRE
JONATHAN FINE: MARIO CORRE LEJOS	10	34	ARTURO SUÁREZ: ENTRE GROUCHO Y UNA MUJER MARXISTA
TEODOSIO GARCÍA RUIZ: TRES POEMAS PETROLEROS	16	36	MARITZA M. BUENDÍA: ABISAG SUNAMITA
ROBERT CHRISTGAU: «WITH NO PARTICULAR PLACE TO GO»: CHUCK BERRY	17	37	ANTONIO CASTILLA CEREZO: MÁS ALLÁ DEL ARTE CONCEPTUAL GONZALO LIZARDO: LA ESPERANZA DEL AHORCADO (O UNA NOVELA
RICHARD BRAUTIGAN: LA SUBASTA	20	41	MUERTA A PUNTAPIÉS) (II/II)
FERNANDO NIETO CADENA: TERCER ATISBO, POSIBLE DESPEDIDA AL FIN, NO SÉ	21	48	LEOBARDO VILLEGAS MARISCAL: LÍMITE DE LA FILOSOFÍA
ROLANDO ALVARADO FLORES: HABERMAS Y LA IRRACIONALIDAD CONTEMPORÁNEA	22		JOSÉ LUIS DURÁN KING: DE JUSTOS Y PECADORES (I)
pasajeros en arcadia	28		
pasajeros en bonanza	20	15	brevisisísimas

p o r t a d a :
LUIS FERNANDO



el espejo y la luna

MARITZA M. BUENDÍA

Abisag Sunamita

(...) la vileza y la malicia brillan
en los ojos de los hombres que me miran
y yo me siento ocasión de pecado
para todos, peor que la más abyecta
de las prostitutas.
INÉS ARREDONDO^{1/}

El mito se encuentra en el primer libro de los Reyes: son los últimos días del rey David, un poco antes de que Salomón lo sustituya. El rey David es demasiado viejo y por más ropa que cubre su cuerpo nada lo reanima: está a punto de morir. Entonces sus siervos vislumbran la solución: conseguirle a una joven virgen para que la carne nueva e inmaculada funcione como radiador humano y lo reavive; tal joven estaría obligada a dormir con él y a permanecer constantemente a su servicio.

«Busquen para mi señor el rey a una joven virgen para que esté delante del rey y lo abrigue, y duerma a su lado, y entrará en calor mi señor el rey»;^{2/} así, la virginidad sobreviene como un filtro donde la juventud es absorbida por la vejez y la muerte es burlada por la agonía.

Consecuentemente los siervos buscan por todo el pueblo de Israel a una joven virgen, a una joven perfecta para su rey, y su búsqueda sólo termina cuando encuentran a Abisag Sunamita: la elegida, el antídoto de la enfermedad. Abisag

Sunamita es llevada ante el rey, le atiende, le asiste, duerme con él, lo ampara en su casto seno para volverlo a gestar, para revivirlo y redimirlo. «Y la joven era hermosa; y ella abrigaba al rey, y le servía; pero el rey nunca la conoció».^{3/}

No, el rey David nunca *conoció* a Abisag Sunamita; o al menos no a la manera bíblica. Y si —como anhelan la mitocrítica y el mitoanálisis— entre las aguas de toda obra literaria subsiste la concreción de un mito —retomado de la tradición o reelaborado según sus propias premisas, legible o velado—, la historia que se relata en el primer libro de los Reyes reaparece en uno de los mejores cuentos de Inés Arredondo: «La Sunamita».

Cuento redondo, limpio, que a través de su trama y de su epígrafe nos conduce a una directa intertextualidad con la Biblia. Ahora bien, que Inés Arredondo haya basado su cuento en los Reyes, es algo que en realidad carece de importancia. Digámoslo a tono: la obra por la obra, por su flexible y paradójica autonomía.

El cuento está narrado en primera persona del singular. Lo peor ya ha ocurrido; una voz desolada —adolorida, amarga— rememora su pasado desde el presente: «Aquel fue un verano abrasador. El último de mi juventud».^{4/} De antemano, esa voz se sabe vencida: el tiempo y las circunstancias han mancillado su soberbia y devastado su frescura, poco resta ya de su arrogancia y de su vanidad.

Porque esa misma voz, al principio, era toda plenitud:

Tensa, concentrada en el desafío que precede a la combustión, la ciudad ardía en una sola llama reseca y deslumbrante. En el

centro de la llama estaba yo, vestida de negro, orgullosa, alimentando el fuego con mis cabellos rubios, sola. Las miradas de los hombres resbalaban por mi cuerpo sin mancharlo y mi altivo recato obligaba al saludo deferente. Estaba segura de tener el poder de domar las pasiones, de purificarlo todo en el aire encendido que me cercaba y no me consumía.^{5/}

Aunque Inés Arredondo la nombra Luisa, la voz le pertenece a la Sunamita, a la del mito. Luisa ha recibido un telegrama urgente: su tío Apolonio, de más de setenta años, agoniza, y le suplica ir a visitarlo por última vez; es necesario que ella viaje hasta el pueblo donde está él.

Al comienzo, todo parece un asunto concluido: el viejo pronto morirá y Luisa sólo debe esperar el desenlace. Mas no es así: las circunstancias cambian. Durante una de sus peores crisis, de la que ya nadie asegura su recuperación, el tío Apolonio pide a Luisa en matrimonio. El supuesto objetivo es heredarle sus bienes y evitar que otros parientes la despojen de ellos. Influenciada, Luisa accede, y accede también la contraparte del mito —su otro lado, su cara oculta—, la historia que se omite en la Biblia, el testimonio de la no-voz, el cruel silencio de Abisag Sunamita.

Y es que ¿cuáles pueden ser los pensamientos y las sensaciones de una joven virgen condenada a compartir el lecho de un moribundo? ¿Qué experimenta esa joven ante unas manos cadavéricas, un aliento descompuesto, una fetidez de orines?

La muerte da miedo, pero la vida mezclada, imbuida en la muerte, da un horror que tiene muy poco

que ver con la muerte y con la vida. El silencio, la corrupción, el hedor, la deformación monstruosa, la desaparición final, eso es doloroso, pero llega a un climax y luego va cediendo (...) Y esto no, el pacto terrible entre la vida y la muerte que se manifestaba en ese estertor inútil, podía continuar eternamente.^{/6/}

Terror, culpa y castigo: añorar la muerte de un semejante, ya no más la lentitud de su agonía. Pues para sorpresa de todos, una vez que el tío Apolonio se casa con Luisa su salud mejora milagrosamente, tal y como en otro tiempo también lo hiciera la salud del rey David.

Desde entonces, Luisa sólo vive para atenderlo: Luisa lleva agua, endereza una pierna, acomoda una almohada; Luisa debe aprender a ya no llamarlo «tío Apolonio»: Polo, sencillamente; Luisa debe controlar su miedo y su asco para acercarse a él. Y Polo ordena a Luisa que entrecierre los postigos y que se acerque aún más y que descansa en su cama; y Polo, con su risa bajita y su boca sin dientes, exige a Luisa que lo caliente, que lo inflame, que se desnude de una buena vez y que no arrugue su vestido; pues Luisa es su mujer ante Dios y ante los hombres, él sólo reclama sus derechos:

Una rabia nunca sentida me estremeció cuando pude creer que era verdad aquello que estaba sucediendo, y que aprovechándose de mi asombro su mano temblorosa se hacía más segura y más pesada y se recreaba, se aventuraba ya sin freno palpando y recorriendo mis caderas; una mano descarnada que se pegaba a mi carne y la estrujaba con deleite, una mano muerta que buscaba

impaciente el hueco entre mis piernas, una mano sola, sin cuerpo.^{/7/}

La historia callada por el mito es aquella que narra el desconcierto de Luisa, su furia y su impotencia, su deshonra. Sutilmente, Inés Arredondo juega con la ambigüedad: según la Biblia, el rey David no conoce a Abisag Sunamita, por lo que cabe preguntarse si en verdad Polo conoce realmente a Luisa o si es sólo el contacto de su lozanía lo que funciona como bálsamo.

Lo cierto es la pesadilla: Luisa ya no anhela la muerte de su tío, ahora ansía su propia muerte. Dios, en persona, debería salvarla y evitar su tragedia. Pero Dios no escucha y ella huye. Y otra vez Apolonio la llama, la amenaza con su muerte. Luisa acude entonces a confesarse, no quiere regresar: «—Lo que lo hace vivir es la lujuria, el más horrible pecado. Eso no es la vida, padre, es la muerte, ¡déjelo morir!»;^{/8/} no obstante, el padre la persuade: si ella no vuelve será como un asesinato.

Luisa retorna y continúan viciosamente los años hasta que por fin Apolonio muere; mas ella, profanada, no puede ser ya la misma: después de dormir con un viejo, de percibir en su piel el horror de la decadencia, de respirar la decrepitud, ahora sólo encuentra vileza y maldad en los ojos de los hombres que la miran.

Desde un comienzo entonces Luisa es la oveja sacrificada, no Apolonio; por eso, durante los días en que éste agoniza, nadie sale de casa, todos aguardan la muerte para que recomience la vida. «Son días espirituales, casi sagrados»;^{/9/} reflexiona Luisa. Y nuevamente todo nos arroja hacia un tiempo inmemorial, hacia un espacio sin tierra.

En síntesis, el mito que subyace en «La Sunamita» es el mismo que subyace en la historia de los últimos días del rey David, sólo que narrado en un tiempo-espacio distinto.

Entonces concluyo: el mito que subyace en «La Sunamita» es otro.



^{/1/}Inés Arredondo, «La Sunamita», en *Obras completas*, Siglo XXI, México, 1988, p. 96.

^{/2/}I Reyes 1, 2. ^{/3/}I Reyes 1, 4. ^{/4/}Inés Arredondo, *op. cit.*, p. 88. ^{/5/}*Ibid.*, ^{/6/}*Ibid.*, p. 93. ^{/7/}*Ibid.*, pp. 95-96. ^{/8/}*Ibid.*, p. 96.

^{/9/}*Ibid.*, p. 93.